

—¡No, no! Hay otra cosa antes.

—¡Ah! «Te amo.»

—¡Eso, eso!

—Adiós, Esteban... ¡El amor, el triunfo!... Mañana subiré un momento, nada más que un momento... Adiós, Esteban.

Y casi de un salto llegó á la puerta. Y desde ella volvióse para repetir con arrobamiento la frase de su amor y de su triunfo.

CAPÍTULO VII

Al entrar en su casa le pareció que todas las cosas eran diferentes de las que ella había visto siempre. Asomóse al balcón y e pareció que también el amplio paisaje era diferente, más grandioso, más accidentado. Una luz lívida comenzaba á iluminarlo conforme la luz del día se apagaba en los lejanos términos. Allá á la izquierda, un resplandor rojizo como una pincelada de sangre manchaba el horizonte; hacia la sierra picuda, este arañazo de rojez luminosa se desvanecía, y las crestas de los montes eran puntas azuladas, lomas de cristal sobre un pabellón de céfiros. En lo alto del cielo difundíase un blancor suave, tranquilo, y tres ó cuatro estrellas de fulgor verdoso parpadeaban como si tiritasen en una llanura de nieve. De la tierra ascendía una niebla polvorienta, un vaho caliente, hálito ardoroso. De cuando en cuando llegaban ráfagas de fuego como si el aire viniese abrasado de la hoguera de poniente.

Guillermina cogió una silla y sentóse en el balcón, apoyando la frente sobre los hierros cálidos. A través de ellos veía el panorama en la augusta quietud de la noche estival. La mole cuadrada, blanquecina, del palacio de los reyes cortaba con brusquedad de línea seca la amplitud majestuosa del paisaje. Más abajo veíanse á través de los cendales de la calima, hileras de lucecillas rojas con parpadeo violento; eran los faroles de las últimas vías ciudadanas, de las rondas arrabaleras; dobles filas de luces tendidas en varias direcciones como cortejos nocturnos, imponentes, misteriosos. Oíanse de cuando en cuando lejanos silbidos de locomotora como si desgarrasen la niebla en jirones. Parecíale á Guillermina hallarse en un paraje desconocido, lejos de su misma casa, perdida la sensación de realidad, de lugar y de tiempo. Toda su vida se le borraba; sumergiase soñolienta en la difusa luz pálida, blanca,

triste, y, en la vaga inconsciencia, vió esbozarse á través de la bruma plateada las siluetas de Alma, de Gracia y de Alicia. Veíalas acercarse y huir luego, perderse en la zona de luz anaranjada, radiosa, para surgir otra vez cerca, envueltas en el blancor de la luna.

Oyó arriba crepitación de cristales; sin duda era Esteban que abría el ventanal del estudio abrasado. Las tres sombras parecieron atraídas por aquel ruido, y desaparecieron. Guillermina sintióse azotada por una ráfaga ardorosa, como el aliento de un horno. Oyó un revuelo de cosas que al impulso del aire giraban en torbellino. Cerró los ojos. Una mano con dura impresión le tocó en el hombro y no pudo reprimir un grito de sobresalto. Volvióse y halló á su lado á Agueda que en aquel momento entraba de vuelta de sus correrías, las cuales no cesaban ni en lo más ardoroso del estío; al contrario: para Agueda el verano era época de vertiginoso azacaneo, porque las amigas que iban á tomar baños de mar en el Norte ó aguas minerales á cualquier balneario dejaban depositada en ella toda su confianza para los mil menesteres caritativos y oficios piadosos que la imprescindible viajata interrumpía. Y no era esto solo; eran también las mil comisiones y los mil encargos de orden profano con que desde las playas ó los establecimientos la asediaban. He aquí la muestra: «*Querida Aguedita*: que me compres y me factures una sombrilla *igualita* á la de Rosarito Machuca; en casa de *Fulanito* te la darán igual, porque allí la ha comprado. Esta criatura está irresistible con su sombrilla y quiero restregarle una igual por los hocicos. Cuando veas al P. Angel, no te olvides de expresarle todo mi afecto.» Este es uno de los más vulgares modelos de las cartas que Agueda recibía. Veamos otro: «*Aguedita de mi alma*: por Dios te pido que me averigües en dónde veranea Jaime Trujillo. Espero respuesta, á ser posible á vuelta de correo. Estoy en ascuas. Por supuesto que la carta se la diriges á la *Miss*. Mamá me las lee todas. Repito que estoy en ascuas.» De este modelo recibía también innumerables ejemplares. Y para no ser cansados, presentaremos el último ejemplo: «*Entrañable amiga*: tuve carta de la Madre Superiora y me cuenta las



Guillermina cogió una silla y sentóse en el balcón

nuevas necesidades que Dios se ha servido enviar á la comunidad, para probarla sin duda; le ruego que dé una vueltecita por el convento para decirle á la Madre que ahora me es imposible; de todo punto imposible. Que en cuanto vuelva, acudiré con el remedio. A usted en confianza puedo decirselo: este año los caballitos me están dejando sin una mota, y si le pido un nuevo adelanto á mi marido, podría descubrirse todo. Que espere la Madre. Siento las molestias que le ocasiono, pero no tengo más remedio que acudir á usted, siempre tan bondadosa conmigo. También le ruego que pase por casa de *Mme. Granier* y le diga que el traje de baño puede hacerlo según el modelo 38 del último número del *Paris-Dames*, con sólo que ponga un poquitín más largos los pantalones, pero muy poco; aquí los del modelo parecerían descarados; eso es bueno para Francia. Allí no choca. Aquí llamarían la atención. Este país no está civilizado. Adiós, Aguedita.—*P. D.* No olvide usted por Dios lo de la Madre Superiora.»

Bastará con esto para hacerse cargo de lo que eran los veranos de la hija mayor de don Trífilo Torrecilla. Su correspondencia llegó á ser tan copiosa, que en buena ley las amigas debían costearle á escote un secretario. En cuanto á gastos de correo, no era grave el problema: la franquicia postal venía en auxilio suyo: todas sus cartas iban con timbre del Congreso.

Agueda acarreó otra silla y sentóse en el balcón al lado de su hermana. El calor era sofocante, y sólo allí, al aire, frente á la sierra, podía respirarse alguna bocanada menos cálida. Todo el paisaje estaba teñido por el blancor de la luna.

—¿Qué hacías?—le preguntó Agueda á su hermana.

—Ya lo ves: tomar el aire.

—Y bañarte en luz de luna, que es luz de enamorados.

—¿Enamorada?.. Puede ser. ¿Y qué tenemos con eso?

—Nada, hija, nada. Si has de ponerte así, me callo.

—¿Qué es lo que callas? ¿Tú tienes algo que callarme?

—Debiera callar; no mereces que yo hable, que te lo diga todo.

—¿Todo? Pero tú, ¿qué sabes?

—Sé la verdad; sí, la sé toda: limpia, clara, entera.

Guillermina miró á su hermana con recelo. Agueda miró lejos, paseando su mirada por encima del paisaje blanco. Después, sin apartar la vista de las plateadas lejanías, siguió hablando:

—Sé que la madre de tu novio no consentirá nunca la boda.

—¡Su madre! ¿Me importa acaso? ¿Eso es todo lo que sabes?

—Espera, mujer, espera. Se saben muchas más cosas.

—¿Más cosas? Serán calumnias.

—¿Lo ves? Contigo hay que callarse. ¿Es calumnia que Aliaga es un real mozo, lo que se dice un hombre guapo? ¿Le calumniamos diciendo que es un aristócrata?

—¿Aristócrata?.. Bueno; sin una peseta.

—Hay una aristocracia que está por encima de las pesetas; y quizá es más soberbia cuanto más miserable.

—¿Y creerás por eso?..

—Que Esteban te está engañando.

Con un movimiento brusco Guillermina se puso en pie. Su hermana, sin hacer caso, prosiguió:

—Que si se casa contigo será para que tú trabajes y le mantengas; tu novio en toda su vida pintará un cuadro que valga dos pesetas. Es un pintamonas; lo sé de buena tinta, un pintamonas; un vividor, y su señora mamá otra vividora. Esto así, diciendo las cosas claramente.

Cuando Agueda acabó de hablar, Guillermina ya no estaba en el balcón; se había sumido en las profundidades de la casa. Agueda salió en busca suya como si la persiguiera hasta hallarla en su alcoba, tendida en la cama, con el rostro hundido entre las almohadas.

—Yo no creí que te daría tan fuerte; yo no sabía que estuvieras tan enamorada. Mira, hija, perdona; puedes perdonarme porque la intención fué buena. Si yo hubiera sabido..., cómo iba yo á decirte... Calla, calla. Pero ya que te lo dije, me alegro mucho de habértelo dicho y no me desdigo. Lo que ese hombre quiere es explotarte, vivir á costa tuya, á costa de tus lecciones.

Guillermina, al oír esto, saltó de la cama al suelo, y encarándose con su hermana, como si le escupiese al rostro las palabras, le dijo, iracunda, descompuesta:

—Eres una envidiosa y además una holgazana inútil, completamente inútil en el mundo.

—¿Yo envidiosa? ¿Yo holgazana?... Todo esto me lo tengo merecido. ¿Quién me manda meterme á redentora? Por advertirte el peligro...

—No quiero advertencias. Y menos advertencias interesadas.

—¿Qué estás diciendo?

—Interesadas. No queréis que me case porque mi boda es un pedazo de pan que os quitan de la boca.

Al oír esto, Agueda salió del cuarto prorrumpiendo en desatemplados gritos, que pusieron en conmoción toda la casa. Su madre le salió al paso, grave, solemne, con su peluquita rubia, con su aire de mujer pequeña y terrible, preguntándole qué gritos eran aquéllos. Y Agueda le dijo que se lo preguntase á su hermana. Acudió la señora de Torrecilla en busca de Guillermina, á la que halló sumida en el dolor y en el llanto de tal manera, que el borboteo de los sollozos no daba espacio á las palabras. Eran inútiles todas las preguntas de doña Teresita; sólo los suspiros le daban respuesta.

Pero la pequeña señora comprendió pronto por dónde iban las lágrimas, y así, encarándose con la afligida muchacha, sacudiéndola fuertemente por un brazo, dando á su voz la inflexión autoritaria tan adecuada en ella, díjole á su hija.

—Basta, basta. No llores. ¡Si tenía que suceder, si era sabido! Es un canalla, es un trasto, es un pintamonas.

Y como Guillermina, al oír esto, levantase la cabeza, doña Teresita repitió aún más firme, aún más autoritaria:

—Ni más ni menos: un canalla, un pintamonas. Yo bien quise cortar á tiempo tus amoríos, sí, sí, debí cortarlos; pero tu padre fué débil, tu padre es la debilidad misma, y sólo pensar que ese mequetrefe descendía por línea masculina de la casa de Aliaga le trastornaba el seso; los dos sois iguales, los dos padecéis monomanía de grandeza. Ni siquiera os importan las murmuraciones que de los Aliagas corrieron siempre por la corte. Ahora ya estarás convencida, y supongo que arrepentida. Si es así, yo te

perdono. Créeme que ese hombre no era digno de que tú le mantuvieras..., eso es lo que él quería, pero se llevó chasco: ¿verdad, hija de mi vida, que se llevó chasco?

Al llegar á este punto la voz de doña Teresita se hizo insinuante, dulce, casi mimosa. Cogió una silla, sentóse al borde del lecho en donde la pianista se hallaba tendida otra vez, pero con la cara descubierta, mirando atentamente, absorta, á su madre.

—¿Á vosotras quién os dijo nada de Esteban? ¿Qué sabéis para hablar de ese modo?

—Tranquilízate: calma, ten calma. Lo principal es que no pongas mala; si enfermases..., ya ves, si enfermases tendrías que suspender la lección de las Sagrarios. Al fin y al cabo, ¿no vale más haberlo sabido á tiempo? Ahora tiene remedio. Te concedo que duela, sí, por cierto, dolerá un poco; no en vano tienes veinte años, edad de amorios y de enamoramientos apasionados; pero tú tienes talento y sabrás hacerte cargo; créeme á mí: yo soy tu madre; créeme: te hubiera hecho profundamente desgraciada, horriblemente desgraciada.

Dos ó tres veces intentó Guillermina incorporarse y decir á su madre que todo aquello era calumnia que recogía su hermana en mitad del arroyo, pero le faltó valor, resolución decisiva. Además, cuando iba á intentarlo, su madre, cogiéndole amorosamente la mano se lo impedía diciéndole:

—Quieta; no te levantes; hoy no estudias; hoy te consiento que no estudies para que reposes. Yo me hago cargo; yo también tuve veinte años; hoy no trabajas. Lo que más te conviene es el descanso; te traeremos la cena á la cama, y si quieres dormir, duérmete; lo que importa es no ponerse mala. ¿Qué dirían de ti las niñas de la marquesa del Sagrario? Te dejo para que duermas; si quieres cenar, nos das una voz. Le diré á tu hermana que no vuelva á hablarte una palabra del caso; ella lo hizo con la mejor intención del mundo, sin querer disgustarte. Ya sabes que Aguedita es un ángel. Te dejo sola; te dejo á obscuras; duérmete, duérmete.

Y salió del cuarto repitiendo el duérmete con el mismo tono

que si la arrullase. Y Guillermina quedóse al fin sola, sin oír las frases mortificantes que penetraban como taladros en sus oídos. Por eso su primera impresión fué de reposo, de descanso dulcísimo y placentero, pareciéndole que al apagarse la luz de su cuarto se habían apagado también todos los dolores de su alma; todo se había sumido en la sombra, borrándose al mismo tiempo las cosas y las penas. En aquella quietud quiso atraer á sí al sueño para hundirse más hondo en las silenciosas profundidades del olvido, descender, descender, dejando arriba el mundo con todas sus miserias, seguir descendiendo en la obscuridad tenebrosa, horas y horas de descenso, sin sentir nada, como no fuera la sensación del vacío. Esto era lo que ella sentía; sólo las sombras sustentaban su cuerpo, tenues, impalpables, y lo iban dejando caer, no en raudo descenso, sino con suavidad y dulzura, como si en el espacio se fuesen desgarrando poco á poco las tinieblas para abrirle blandamente el paso. Y descendía siempre; cada vez quedaba más arriba el mundo, la vida, su misma casa, el palacón de la Sagrario. Todo lo veía, pero lejos, pequeño, diminuto. Aquel palacio tan grande era una casa de muñecas, y la marquesa y las discípulas seres inverosímiles, cuerpecillos enanos. Y luego eran los picos de la sierra los que se le ponían delante; estaban nevados, blancos, pero eran tan pequeños que la poderosa crestería semejaba mandíbula de un gozquecillo con sus dientes agudos, afilados, blancos y punzadores. Pero todas estas cosas iban quedando tan altas que ya no se veían sino remotos puntos que fueron adquiriendo pausadamente una fosforescencia verdosa y después fulgor intenso, como estrellas en noche lóbrega. Era sin duda la noche que poco antes había visto, sentada en el balcón, teniendo ante sí la inmensidad del paisaje triste, iluminado por la luna. También aquella lobreguez comenzaba á desgarrarse al lívido claror blanquecino; las demás sombras se emblanquecían y á su tenue claridad volvieron á pasar como sombras impalpables las tres discípulas: Gracia, Alma y Alicia. Era difícil, casi imposible distinguir sus ropajes, ni ver con precisión sus rostros; pero eran ellas que pasaban en silencio misterioso. Y de repente las ve for-